

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA  
SEDE DE OCCIDENTE

pez

# EN EL SENDERO DE MI VIDA







ALCIDES RODRIGUEZ LOPEZ

# EN EL SENDERO DE MI VIDA



SAN RAMON - (Provincia ALAJUELA)  
COSTA RICA

1974



*Dedico*

*estas páginas*

*a mi esposa*

*Hermelinda,*

*quien,*

*con solicitud*

*y comprensión*

*extraordinarias,*

*ha compartido*

*las vicisitudes*

*de mi vida.*

Alcides Rodríguez López



## RECONOCIMIENTO

A mis hermanas Corina y Bertalía Rodríguez López debo la publicación de este libro.

La primera lo hizo posible copiando los relatos que, por estar ciego, yo le dicté.

Agradezco a la segunda la financiación de la obra y el apoyo moral que siempre me ha dado para superar las dificultades de mi vida.

Para mi sobrino, Mario Rodríguez Quesada, mi gratitud por su obsequio como dibujante de las ilustraciones de este libro, menos una de ellas.

*Alcides Rodríguez López*



## EN EL SENDERO DE MI VIDA

Nací en San Ramón de Alajuela, cuna de intelectuales y trabajadores que han puesto sus vidas con amor y ahínco al servicio de la patria.

Nací en una época en que no había alumbrado eléctrico en mi pueblo. Por las tardes iba el farolero, don Ramón Picado, llevando su escalera de poste en poste. Cómo me entretenía viéndolo subir y mantener el equilibrio como acróbata profesional mientras encendía cada luz!

Las muchachas que sólo veían a hurtadillas a sus pretendientes, pues sus padres les prohibían andar en devaneos con aquellos jovencitos "sin oficio ni beneficio", solían esperar la llegada de la noche para ir a la luz de los faroles a depositar en lugar convenido, cartas de amor. Después pasaba cada galán a recoger su carta y dejar la suya para recibir la respuesta al día siguiente.

En aquel entonces había en cada casa un pozo con brocal de piedra, pozo que con tanta emoción cantara en sus versos Félix Angel Salas.

El pozo tenía por complemento un filtro de piedra labrado por un hombre enjuto, hábil y tenaz, Miguel Fallas, quien hizo de su oficio una profesión, trabajando día tras día para ganar, humilde y honradamente el sustento de su familia. Así contribuyó Miguel Fallas a la salud de un pueblo que bebió aquella agua, fresquísima y límpida, que día y noche manaba de los filtros de piedra montados sobre armazón de madera, agua que goteaba y caía con dulce ritmo dentro de la hermosa y rojiza tinaja de barro.

La cocina tenía entonces fogón de leña a cuyo alrededor nos reuníamos los niños en noches de lluvia a tomar chocolate

y comer plátanos maduros y asados en las brasas, y oír relatos de aventuras y espantos que nos contaba la cocinera.

Ibamos luego a rezar con nuestra madre. Dábamos "el bendito" y buenas noches a nuestros padres, y pasábamos a nuestros aposentos a dormir y soñar.

En aquellos tiempos había en la calle, frente a mi casa, cerquita de la acera, un árbol de naranjo cuyos azahares aumentaban con su perfume el encanto de la noche, y en el día el tronco servía para que algún campesino dejara amarrado su caballo mientras él iba a misa y al mercado.

De los frutos que aquel árbol daba disfrutaban libremente los transeúntes. Creo que el naranjo frente a mi casa, para servicio público, no era caso único en mi pueblo.

Recuerdo con emoción aquellos días románticos de mi niñez y adolescencia, en que jamás hubiera imaginado cuánta amargura me tenía reservada la vida.

Fui el sexto hijo de una familia que disponía de medios económicos para vivir bien.

Un hermano llamado Ramón, en memoria de nuestro abuelo Ramón Rodríguez Solórzano, murió siendo muy pequeño, y aunque después nacieron tres mujeres, mis padres anhelaban la llegada de un varón. Por eso ellos se volvieron locos de alegría cuando hice mi entrada en este pícaro mundo.

La felicidad es siempre efímera, y la alegría de mis padres se tornó en un verdadero caos cuando un día, insospechadamente, amanecí ciego.

Mi madre acudió a oculistas de renombre en San José, pero ellos no acertaron en mi caso, y aconsejaron aplicación de nitrato de plata. Mi madre rechazó plenamente esa drástica medicina.

Sobrecogidos de dolor, mis padres dispusieron abandonar la ciudad, dejar a mis hermanas, Corina y Estelia en casa de las tías para que asistieran a la escuela, e irnos los demás a la finca de la Balsa, donde teníamos lechería.

Ellos sabían que allí los peones me chinearían y dirían: "Es el hijo del patrón, hay que cuidarlo y respetar su dolencia".

Me han contado que mi madre oraba día y noche, y le ofreció una promesa por mi curación a la Virgen del Socorro.

Pasaron tres años. Mi padre iba todos los domingos a San Ramón a ver a mis hermanas, y yo, acompañado siempre de mi madre, crecía normalmente y era admirado por mis facciones y por la blancura de mi piel.

Un día en que llovía a cántaros llegó a la casa una mujer desconocida que pidió permiso para refugiarse en el corredor mientras pasaba la lluvia.

Mi madre la recibió con cariño, como lo hacía siempre con todos los trabajadores, sus familias y cuantos solicitaran cualquier favor. Le dijo: —“Puede Ud. sentarse y esperarme mientras le hago una tacita de café para que se caliente”.

Un ratito después vino a servirle el café, y la desconocida le preguntó si yo era ciego.

“Sí desgraciadamente mi muchachito no puede ver, dijo mamá, y es por eso que vivimos en esta finca, donde no corre ningún peligro y tiene campo para andar por todo conmigo”.

La señora dijo: “doña Juanita, no se aflija, yo le voy a dar un remedio: tueste unos granitos de sal; límpieme todos los días los ojos con ellos, y verá cómo se cura”.

Al día siguiente, después de bañarme, mi mamá procedió a limpiarme los ojos con sal tostada y molida, y así lo hizo durante varios meses, sin dejar de invocar a la virgen de su devoción.

Una linda mañana de sol, de esas que rara vez se ven en la Balsa de San Ramón, lugar brumoso donde a veces llueve desde el amanecer, mi padre quedó atónito al ver que yo corría tras unas mariposas de lindos colores, mientras mi madre me preparaba el baño.

Recuperé la vista, pero quedé bizco, y los oculistas creyeron que no era prudente hacerme una operación.

Volvímos todos a San Ramón. A la edad de siete años entré a la escuela, donde tuve que sufrir porque con frecuencia los niños son crueles y en la mayoría de los casos se burlan de quien tenga un defecto físico. Pese a todo, salí triunfante en mis estudios hasta el sexto grado.

Simón Bolívar decía que a su maestro Simón Rodríguez debía la formación de su carácter y su instrucción. Guardando las distancias, yo podría decir lo mismo respecto a don Federico Salas, educador ejemplar del pueblo en que don Julián Volio echó las bases de la cultura de San Ramón.

Hoy esta ciudad tiene 9.205 habitantes, y el cantón en total 34.841, (datos suministrados por el regidor municipal don Guillermo Vargas Roldán el 4 de agosto de 1973).

San Ramón tiene varias escuelas de enseñanza primaria, un colegio de segunda enseñanza que se llamó Instituto Superior de Educación, al cual recientemente se le dio el nombre de Julio Acosta, en ceremonia de carácter oficial.

Don Julio, ilustre ciudadano ramonense, fue caudillo de la Revolución del Sapoá contra la dictadura de Federico Tinoco; más tarde Presidente de Costa Rica. Con serenidad y espíritu fraternal llevó a cabo la reconciliación entre los partidarios y los opositores de Tinoco.

Contamos también con el Centro Regional Universitario creado en el año de 1968, siendo don Carlos Monge Alfaro Rector de la Universidad de Costa Rica. Este Centro prosigue a paso firme y eficaz su desarrollo, bajo la tutela del actual Rector de la Universidad de Costa Rica, Lic. Eugenio Rodríguez Vega, ramonense de quien nos enorgullecemos justamente.

Volviendo al recuerdo de los años de mi infancia, agradezco a don Federico Salas el haber despertado en mí gran afición a la lectura que constituyó durante largos años mi mayor placer.

No pude ingresar a la segunda enseñanza por múltiples razones, entre otras, por la condición económica de mis padres, que era buena, pero no suficiente para sostener en San José, y más tarde en Heredia, a tres de mis hermanas.

Me dediqué a ayudar a mi padre en labores del campo en su finca para contribuir al sostenimiento de la familia y a la educación de mis hermanos. Gracias a esto una de ellas pudo trasladarse a Chicago, ingresar a North Western University y graduarse allí de Bachiller en Ciencias y Letras. Las otras hermanas en Costa Rica, de Maestras Normales.

Opté por guiar los bueyes y cargar las carretas de caña que tenía que llevar con los peones al trapiche.

Había en aquel trabajo algo singular y encantador.

Cuando no cargaba la carreta de caña, la cargaba de madera, de leña o de tucos que llevaba al aserradero.

Amaba mi carreta y a mis bueyes que me correspondían y obedecían ciegamente.

Me fascinaba llevar la carreta por las hondonadas y cruzar las quebradas, subir las colinas y bajar a las llanuras, dialogar con las estrellas en noches claras de luna, y dormir en el sesto mientras los bueyes descansaban.

Temblaba por ellos cuando los conducían por caminos tortuosos, y me deleitaba desenyugarlos después de una larga jornada.

Muchas noches al fulgor de la luna, pelé caña con mi cuchacha plateada, para alimentar mis bueyes y pagarles así un día de trabajo.

Comencé a hacer viajes desde San Ramón a Atenas, llevando en mi carreta a estudiantes que iban a los colegios de San José. Descansábamos en la posada de las Pineda, y al día siguiente los llevaba hasta la Estación del Ferrocarril al Pacífico, donde ellos tomaban el tren para la capital.

En el descanso donde las Pineda tomábamos café, y luego algunos estudiantes tocaban guitarra, los muchachos el acordeón, y todos cantábamos.

Alternando con la música se contaban historias de duendes y aparecidos, de brujas y seres fantásticos.

Yo me unía al coro de la juventud, y cantábamos:

“El amor es un niño,  
cielito lindo, que cuando nace,  
por poquito que coma,  
cielito lindo, se satisface,  
pero en creciendo, pero en creciendo,  
cielito lindo, entre más le van dando,  
cielito lindo, más va queriendo”.

Era yo apenas un adolescente, y tenía a gran honra y orgullo la responsabilidad de hombre vigilante y respetuoso, por la custodia de las jóvenes estudiantes confiadas a mi cuidado por sus padres.

Las muchachas eran amigas más porque habían crecido conmigo, eran de familias como la mía, y nos tratábamos como buenos compañeros.

Sabían que yo no era un boyero cualquiera, sino el hijo de uno de los hombres más buenos, más queridos y más gallardos de mi pueblo, y nieto de Ramón Rodríguez Solórzano de quien hizo público panegírico don Eliseo Gamboa en reciente ceremonia municipal para dar su nombre a una de las principales calles de la ciudad.

Todos los viajeros participábamos de la misma alegría y cordialidad porque nos conocíamos desde mi niñez.

San Ramón era una comunidad rural, apreciada en el resto del país por su cultura. No había grandes capitalistas. Los Gamboa, los Rodríguez, los Vega, los Acosta, los Moncada, Orlich, Carvajal, Zamora, Esquivel, Paniagua, Garrido, Losilla, Salazar, y muchos más, formábamos como una gran familia que vivía fraternalmente. El dolor o la alegría de uno, eran dolor o alegría de todos. A mi padre lo querían grandes y pequeños, ricos y pobres. Parecía como un lord plantado en un meseta catellana.

Siendo yo su hijo, y nieto de don Ramón Rodríguez Solórzano, uno de los fundadores de San Ramón, disfrutaba del aprecio y amistad de las niñas de mi tiempo, y entre ellas recuerdo con especial afecto, grande y desinteresado, a la hija mayor del director de escuela, don Federico Salas, y a la hija de don Macario Valverde, Elenita.

En mis largos viajes a Esparta y Puntarenas, conocí mujeres de todas clases, categorías y posiciones.

La carreta me enseñó bastante experiencia de la vida. Entonces era la carreta lo que ahora es el carro, y aún más en lo concerniente al romance, porque, siendo lenta la carreta, había tiempo para tejer ensueños. En ellas se libraron debates, se ini-

ciaron amores y matrimonios, se deshicieron hogares, se transportaron novias del campo a la iglesia de la ciudad, a la fiesta de bodas y al tálamo nupcial. En carreta se llevaron enfermos y accidentados al hospital, se llevó piedra y arena de las canteras para la construcción de edificios públicos, entre ellos de la vieja parroquia destruida por el terremoto del año 1924, y la erección de la actual Basílica. En carreta se transportaron las piezas de hierro importadas para su construcción y las piezas de mármol para su altar.

Las carretas condujeron al sacerdote a los barrios de San Ramón a ungir con los santos óleos al moribundo, y trajeron a las mujeres al hospital a dar a luz sus niños.

Después de lo que Julián Marchena escribió sobre las carretas nada se puede añadir que tenga la misma belleza; pero yo me refiero a ellas porque pasé toda mi juventud trabajando con ellas.

Las carretas cantan, lloran y tiemblan como seres humanos.

Por una ley inexorable las carretas tendrán que desaparecer, pero han lucido sus colores en aquel desfile inolvidable organizado por Emilia Prieto, una de las mujeres que más ama a Costa Rica, los cantos de los campesinos, la pintura y el arte.

Con el tiempo solamente encontraremos carretas en los museos, pero ellas han escrito con sus ruedas una valiosa página de la historia de Costa Rica, de la Costa Rica sana, humilde y sencilla, sin grandes capitalistas ni miseria extrema, donde un rico como don Julio Sánchez fraternizaba con sus jornaleros.

Las carretas representan una época inolvidable de la historia de mi patria.

La carreta tica sólo tiene una rival, la italiana; no hay en los otros países de la América carretas como las nuestras.

Cuando, por circunstancias especiales, dejé de trabajar en la conducción de bueyes, me dediqué a una finquita que convertí en cañal; entonces me di cuenta de que la caña de San Ramón tenía que ser transportada a Grecia. Fue entonces cuando tuve la dicha y honor de conocer en esa ciudad a don Otto Kopper, caballero distinguido que ha trabajado, denodada

y honestamente por el adelanto económico de Grecia, por quien muchas gentes viven gracias al empleo que él les proporciona.

Don Otto Kopper es un hombre que para cumplir con su deber no necesita el Código de Trabajo porque lo tiene escrito en el alma. Don Otto no es un jefe, es un compañero y benefactor de sus trabajadores.

Después de muchas ideas y venidas y de gran insistencia, conseguí que se le diera a la Municipalidad de San Ramón el impuesto que los cañeros ramonenses pagaban a Grecia. Me cabe la satisfacción de que por mi tesonero esfuerzo la Municipalidad de San Ramón percibe anualmente un considerable ingreso por dicho impuesto, el cual en el año de 1972 ascendió a ₡ 52.813.45 (dato suministrado por el regidor municipal don Guillermo Vargas Roldán).

Tengo copia del documento en que consta el acuerdo de la sesión municipal de fecha 5 de setiembre de 1958 el reconocimiento a mis esfuerzos en favor de mi pueblo.

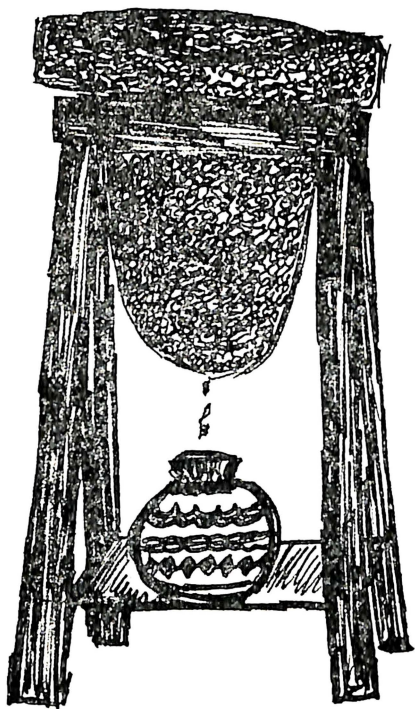
Conservo en mi poder, como único premio de mi desinteresado empeño, la copia de una nota de gratitud firmada por el señor Jorge Orlich, entonces Presidente Municipal.

En mi trabajo en el Instituto de Tierras y Colonias, donde me tocó otorgar muchos títulos de propiedad en compañía de los licenciados don Deseado Barboza y don Virgilio Calvo, traté de servir al campesino en la medida de mis posibilidades.

Dedico este prólogo de mi librito a dejar constancia de mi entrañable amor a mi ciudad, y mi patria que en estos momentos atraviesa una de las situaciones más difíciles en su historia.

Ojalá todos los costarricenses luchen por ella como lo he hecho yo en la paz y en la guerra, desde cualquiera que sea el lugar en que la vida nos ponga, y cualesquiera que sean las circunstancias.

A los 72 años estoy ciego, pero con los ojos del alma evoco mis años mozos, mis penas y mis alegrías, y trato de documentarme para dejar a la posteridad algo sobre la historia de San Ramón.



El filtro del agua y del tiempo.



## ORIGENES Y EVOLUCION DE LA CIUDAD DE SAN RAMON

A principios del siglo pasado, lo que hoy es la Ciudad de San Ramón era un bosque.

Los primeros exploradores que llegaron allí, entre ellos Manuel Cabezas y Pío Villegas, eran cazadores en pos de los venados que había en las cercanías del Río Grande.

En uno de sus viajes, contemplaron embelesados, desde la Cima de Palmares, el hermoso valle donde hoy está ubicada la Ciudad de San Ramón, resguardada por lindas montañas que al amanecer se cubren de neblina, y sobre ellas pasan las nubes como rebaños de soñolientas ovejas.

Desde la cumbre en que Manuel Cabezas y Pío Víquez contemplaron el valle, resolvieron descender y establecer allí su vivienda, y se trasladaron con sus familias en el año 1836.

Entonces el gobierno de Costa Rica tenía el monopolio del tabaco. Burlando la ley, y amparándose a la sombra del bosque, llegaron otros hombres, después de Cabezas y Víquez, a establecer el contrabando del tabaco en aquella región hasta las márgenes del Río Grande.

Más tarde la población creció con la llegada de mi abuelo Ramón Rodríguez Solórzano, Cecilio Rodríguez, Lucas Elizondo, Vicente Paniagua, Joaquín Montoya, José María Mora, Manuel Luna, Darío Reyes, José María Vázquez, Lorenzo González y Lucas Lisandro, y otros más.

Ellos redactaron un escrito en el año 1842 solicitando al Congreso Nacional que señalara dónde establecer un villorrio. Por aquellos días ejercía el mando de la República Don José María Alfaro, quien sintió verdadero anhelo de ayudarlos viendo con qué decisión se habían metido entre las montañas y querían echar la simiente de civilización al establecerse allí, trabajando de sol a sol, con escasos implementos de labranza.

Fecha memorable en la historia de San Ramón es el 19 de enero de 1844 en que el Presidente Alfaro decretó el área de la legua cuadra para la población, y cómo distribuirla. Anualmente se celebra ese día como el de fundación de la ciudad.

Alejados de centros de población, era dura la vida. Todo tenían que acarrearlo a lomo de bestias, y a veces sobre sus propias espaldas. Unidos esos pioneros, lograron abrir un camino desde La Ribera (San Antonio de Belén) hasta el nuevo poblado.

Cuando don José María Alfaro se dio cuenta de las dificultades que atravesaban, procedió a enviarles semillas de árboles frutales, palas, picos, cepas de piñuela para cercas.

En aquella época los moradores de San Ramón se alumbraban con candiles de aceite de higuerilla, cocinaban con leña, y carecían de muchas comodidades.

Aumentaba la población y era preciso que los niños nacidos en aquella lejanía aprendieran a leer y escribir, y se iniciaran en la enseñanza de escuela primaria. Fue don Félix Fernández el primer maestro. Al mismo tiempo era necesario emprender alguna industria, y se comenzó por la elaboración del dulce en un primitivo trapiche de don Lucas Elizondo.

El centro de la población era una plaza que servía en día domingo como mercado.

El dulce se colgaba de las ramas de un árbol en tamugas para la venta.

De vez en cuando llegaban al caserío vendedores ambulantes ofreciendo telas, perfumes, jabones, a altos precios.

La aldea se extendía al pie del Cerro del Tremedal, esmaltado de flores de jaral y poblado de árboles donde los pájaros hacían sus nidos.

Faltaba centros de reuniones sociales, y en cierta forma las pulperías hacían sus veces. En ellas, además de la venta de mercaderías, se jugaban naipes y tresillo, siendo lugar de tertulia donde se comentaban los sucesos del día.

La aldea, trazada con amplias calles, iba prosperando. Bajo el gobierno de don Juan Rafael Mora, se dictó el decreto en que se le daba a la aldea categoría de Pueblo. La primera

pulpería, muy poco surtida, fue la de don Aniceto Vargas. Más tarde abrió don Rafael Acosta una pulpería en grande.

Fueron estableciéndose otros negocios alrededor de la plaza. No había carnicerías, ni tiendas de mucha importancia, ni farmacias, ni panaderías. Abundaban las tortillas, y las amas de casa hacían el pan para la familia. Las hierbas eran eficazmente usadas como medicinas.

De vez en cuando algún morador mataba una res y la repartía entre los vecinos. Aprovechando esa circunstancia, don Javier Fernández y don Francisco Segura establecieron una carnicería, y doña Soledad Fernández, una panadería.

Mucha gente andaba descalza, otros usaban caites, pocos usaban zapatos. Los primeros zapateros fueron unos señores de apellido Jiménez. Estimulado el uso del calzado, poco a poco disminuyó el número de gente descalza.

Como reflejo de adelanto espiritual, se organizaron, aunque muy modestas, instituciones de gobierno local, escuela y ermita.

No movía a los habitantes solamente el interés local. Cuando hubo que defender la patria, los ramonenses se apresuraron a unirse a las fuerzas nacionales, y llegar hasta Nicaragua para combatir a William Walker y compañeros que pretendían establecer la esclavitud en Centro América.

## MENTORES Y DESTACADAS PERSONAS RAMONENSES

### *La escuela*

En una casa de madera, con teja de barro, que fue la primera escuela, de la cual tengo copia en pintura, trabajó como directora doña Joaquina Rodríguez vda. de Gamboa.

Asistieron a este modesto centro de enseñanza, entre otros, don Ceferino Rodríguez, padre de maestras, don Aquiles Acosta, don Cleofas Salas, tío de José Joaquín Salas de gran sensibilidad literaria y artística, autor de la canción que se ha hecho popular "Caña dulce pa' moler".

En aquella escuela elemental se enseñaban matemáticas, lectura y escritura, religión y música; más tarde costura y corte.

Los padres de familia compensaban el trabajo de doña Joaquina con el obsequio de víveres y mercaderías. A veces donativos en dinero. Fue entonces don Félix Fernández otro de los preceptores de la época en que se arraiga el empeño cultural de San Ramón.

Al iniciarse el presente siglo, contábamos ya con una hermosa y sólida construcción dividida en dos secciones: Escuela Superior de Niñas y Escuela Superior de Varones, unidas por amplio salón que funcionaba como Biblioteca Pública y como Salón de Actos escolares y de extensión cultural para el público en general.

Al lado de esas escuelas estaba el Palacio Municipal, formando elegante conjunto frente al parque que hoy lleva el nombre del prestigioso botánico y profesor ramonense don Alberto Brenes Zamora, cuyas actividades se desarrollaron en centros de cultura como el Museo Nacional y la Escuela Normal.

Desde principios de este siglo San Ramón fue semillero de maestros que se esparcieron por todo el cantón y lugares mucho más distantes para impartir enseñanza en muy numerosas escuelas primarias.

También salían estudiantes ramonenses en gran número a prepararse en diferentes ramas como profesionales, y hubo acopio de maestros normalistas. Algunos ampliaron sus estudios en países extranjeros; entre ellos, Emma Gamboa quien se doctoró en Educación y más tarde ocupó el puesto de Ministro de Educación Pública. Ella y mi hermana Corina Rodríguez López se han destacado no sólo en puestos de educación sino también en la Literatura Nacional.

Pido excusas a aquellos ramonenses cuyos nombres haya omitido como elementos de mi pueblo distinguidos local y nacionalmente.

Una memorable madrugada, la ciudad de San Ramón fue azotada por el terremoto del año 1924 que sembró el pavor en el corazón de los ticos, especialmente en mi pueblo y Orotina que fueron los centros más afectados.

Las escuelas del centro de San Ramón fueron totalmente destruidas. Los demás edificios públicos, Palacio Municipal, Iglesia, hospital y cárcel fueron seriamente dañados. Afortunadamente no hubo desgracias personales. Pasó el terror, se restablecieron muy pronto las actividades y se inició la reparación de edificios, la demolición y reconstrucción.

A pocos días las escuelas se instalaron provisionalmente, gracias a la tenacidad y espíritu público característicos del ramonense, en aulas de casas particulares y en el edificio del Teatro Mirambell, donado a la comunidad por su dueña, doña Carolina Rodríguez de Mirambell, a quien no se le ha hecho todavía el merecido reconocimiento público.

Más tarde, bajo la administración de don León Cortés se construyó la Escuela Jorge Washington, que figura entre los notables edificios de la ciudad. En su salón Lisímaco Chavarría, de actos escolares y públicos, lucen las fotografías de Federico y Josefina Mora, junto a las de otros ciudadanos distinguidos de mi pueblo en el campo cultural.

Las enseñanzas de los preceptores Federico Salas y Josefina Mora imprimieron hondas huellas en la formación espiritual de destacados poetas, escritores, abogados, doctores y maestros ramonenses.

La Biblioteca Pública que funcionó en el salón de actos escolares y públicos de la antigua escuela frente al parque, continúa prestando sus servicios, sin edificio propio. Sin duda algún día no lejano, cobrará impulso la idea de construir una amplia Biblioteca para servicio de la comunidad, uniéndose esfuerzos de profesores y estudiantes y todo ramonense de espíritu público en ese sentido.

Hoy funciona estrechamente en el que fue Palacio Municipal, el Centro Regional Universitario. Ya se vislumbra la construcción de una hermosa y eficiente Universidad en la gran propiedad de terreno adquirida con ese fin. Altamente alentadora es la importancia adquirida por nuestro creciente Centro Regional Universitario al que concurren estudiantes locales, otros de Puntarenas y de diversas ciudades de la Provincia de Alajuela, en total más de 9.000.

Aunque una escuela puede ser cualquier lugar donde haya un maestro y un alumno, sea a la sombra de un árbol, o bajo techo; aunque los griegos estudiaran al aire libre, y Jesús y sus discípulos no tuvieran un edificio para que Él impartiera sus enseñanzas, en tiempos modernos se hace indispensable la creación de grandes edificios para la enseñanza, y nuestro Centro Regional Universitario llegará a tenerlo propio, amplísimo en el terreno material y como albergue para una trascendente obra cultural.

## DON JULIAN VOLIO

Este ilustre hombre brilló con luz propia. Su permanencia temporal en San Ramón será imperecedera en el espíritu de este pueblo. Vivió en el distrito que hoy lleva su nombre. Su hogar fue allí un centro de cultura cuya influencia se extendió por toda la ciudad; allí estuvo su biblioteca personal al servicio de cuantos desearan hacer uso de sus libros. Su hogar fue ateneo abierto a todos los que tuvieran inquietudes intelectuales.

Este notable hombre fue además empresario, y minero según nos contaba Trino Echevarría Campos. Dicen que llegó de San José a su finca en el distrito que hoy lleva su nombre, con no menos de medio millón de pesos en monedas de onzas, medios y cuartos de oro.

Hizo en su finca una gran plantación de café y estableció una fábrica de muebles. Prodigó buen trato y fuente de ingresos pecuniarios a sus trabajadores, para cuyos hijos construyó una escuela. Llegó adinerado, y al partir después de varios años definitivamente a San José, salió pobre.

Legó a San Ramón lo que nadie puede arrebatar a otro, la influencia de su esclarecido talento y de su bondad.

Las obras materiales son perecederas, pero las ideas son eternas. Su vida fue ejemplar, y su esfuerzo extraordinario. Él tenía extraordinaria personalidad e ideas revolucionarias en el buen sentido de esta palabra.

Don Julián Volio Llorente fue distinguido en todo el país. Fue Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda. Dos veces candidato a la presidencia de la República. Su oratoria sin paralelo, quizás parecida a la de don Jorge Volio de quien su hija y don Alberto Monge han escrito hermosas páginas.

Murió don Julián en el año 1889. Los ramonenses agradecidos no nos cansaremos de exaltar la memoria de tan preclaro ciudadano.

### *Colegio Horacio Mann*

Indudablemente don Julián Volio influyó en la fundación del Colegio Horacio Mann en San Ramón, llamado así en memoria del pedagogo y político americano conocido como padre de la escuela pública en Estados Unidos. Horacio Mann fue secretario de la Junta de Educación en el estado de Massachusetts y miembro liberal del Congreso en 1852.

Dirigió el colegio de su nombre en mi pueblo don José Castro Bustamante. Fueron sus colaboradores don Miguel Bollandi, don Félix Castro y el presbítero español don Roque Rodrigo.

Allí estudiaron don Alberto Brenes, don Aquiles y don Julio Acosta, don Alberto Carvajal, y otros que no recuerdo.

### *Extranjeros residentes en San Ramón*

Plantaron sus tiendas definitivamente en nuestra tierra don Carlos Bulow, don Eduardo Sell, doña María Steffens, los Pípper, el francés Doucudray, el catalán "Padre" José Piñeiro y Gil, tan culto y tan querido que con sólo su presencia bondadosa ponía paz en cualquier reyerta.

Vivía en casa del Padre Piñeiro una viejecita encantadora, de juvenil espíritu, doña Ciprianita, a quien los niños nos acercábamos con confianza porque era atractiva, alegre y cariñosa. Salía a la puerta de la casa de Piñeiro, y los chiquillos íbamos hacia ella. Agrupándonos a su alrededor le pedíamos que nos acompañara al guayabal de don Rodolfo Gamboa, y ella se iba con nosotros como una madre protectora que sabía comprendernos y cuidarnos. "Eso sí con buena educación, sin pleitos ni malas palabras", nos decía.

Nos dejaba saltar, correr, gritar, cantar, unida al coro de nuestra algarabía sin exceso. Y cuando decía "Nos vamos ya" era su última palabra. Todos obedecíamos.

## HOSPITALES

El primer hospital de San Ramón se erigió en el año 1886. El interés por el bien público tuvo como representantes a los miembros de la Municipalidad quienes nombraron al presbítero Manuel Hidalgo, al padre Sandóval, a don Pedro Urrutia, don José Carvajal, don Miguel Zamora y don Mercedes Quesada para tomar parte activa en el establecimiento de un hospital, el cual tuvo corta duración.

Hubo otro hospital fundado por mi abuelo Ramón Rodríguez Solórzano, de cuyo edificio tengo copia en pintura. Era muy difícil en aquellos tiempos hacer una obra permanente por falta de servicios profesionales y medios económicos, pero ambos cumplieron su cometido dentro del máximo de las posibilidades.

Llegaron tiempos más propicios y se construyó un edificio donde funcionó el Hospital San Vicente de Paúl en condiciones más modernas y eficientes. Más tarde se le cambió el nombre por el de Nicolás Orlich, de origen europeo, nacido en San Ramón; hombre tan bien parecido como bueno y talentoso.

El edificio en que estuvo ese hospital, dañado por el terremoto de 1924, fue remodelado para ser ocupado por el Instituto Superior de Educación; más tarde para la Escuela Normal y Escuela Laboratorio. Actualmente ese edificio alberga a la Escuela de Educación, Sección San Ramón, de la Universidad Nacional. El Instituto Superior de Educación fue trasladado a nuevas construcciones al lado de la Escuela de Educación, y recientemente se dio a dicho Instituto el nombre de Colegio Julio Acosta.

Actualmente contamos con el magnífico Hospital Carlos Luis Valverde, inaugurado en marzo de 1955, situado en la parte norte de la ciudad. Esta construcción, amplia, sobria y

elegante, está rodeada de jardines. Desde allí se ven las montañas a lo lejos. Es tan lindo este hospital, que invita a una cura de reposo. Está dotado de un magnífico equipo, y atendido por excelentes médicos y enfermeras.

Carlos Luis Valverde ha sido uno de los hombres más queridos de Costa Rica, admirado y respetado. Uno de los distritos de Grecia lleva su nombre.

Desgraciadamente, una guerra civil, que nunca debería haberse provocado, apagó la luz de una vida que pudo haber sido mucho más larga y beneficiosa.

Los ramonenses, pese a las dos revoluciones que han sacudido violentamente a la ciudad y sus campos, se aman y mantienen la tradición de fraternidad inculcada por sus progenitores.

Dos revoluciones, una contra el Gobierno de los Tinoco y la otra llamada fundadora de la segunda república, acaudillada por José Figueres Ferrer, desunieron temporalmente a la familia costarricense, pero en el fondo el sentimiento de hermandad ha predominado y la pasión no nos ha cegado. Cuando la patria nos ha necesitado, hemos respondido: "Presentes".

Quiera Dios que jamás se repitan tragedias que han ensangrentado nuestra querida Costa Rica, y podamos decir siempre: "Bajo el límpido azul de tu cielo, vivan siempre el trabajo y la paz".

Actualmente el doctor Ortiz Guier es Director del mencionado Hospital, y ha extendido sus funciones a los distritos en forma digna del mayor encomio, no sólo en el aspecto de la medicina sino también en el sanitario y preventivo de enfermedades, especialmente infantiles, y en nutrición y vivienda.

## INSURRECCION

Era el 15 de setiembre de 1869. Se conmemoraba la fecha de la Independencia de Costa Rica.

La ciudad de San Ramón mostrábase especialmente animada con la presencia de sus habitantes y gentes de los campos vecinos.

Por entonces se efectuaba la campaña electoral en que don José Joaquín Rodríguez y don Ascensión Esquivel, eran candidatos a la Presidencia de la República por los partidos Liberal y Unión Católica.

La casa de don Enrique Cervantes, en San Ramón, calle de por medio con el establecimiento comercial de don Juan Vicente Acosta, servía de punto de reunión de los partidarios de la Unión Católica.

Ese día 15 de setiembre, como a las nueve de la mañana hallábanse en la cantina del señor Cervantes y en sus alrededores miembros de los dos partidos políticos, y poco a poco se estableció entre ellos acalorada discusión, en cuyo punto culminante entró a la cantina mencionada Juan Inestrosa, del partido Unión Católica; iba armado e hirió sorpresivamente a don Juan Vicente Acosta. Entonces don Aquiles Acosta salió en defensa del herido, su padre, haciendo un disparo y casualmente mató a don Rufino Mora.

Inmediatamente cundió por las calles de San Ramón la excitación y el escándalo. Media hora después había varios heridos, algunas humildes casas fueron incendiadas.

El Jefe Político, don Ignacio Merino, y el Padre Manuel Piñeiro agotaban sus esfuerzos por imponer el orden entre la multitud exaltada y agresiva. Inesperadamente, un muchacho

del Barrio de San Juan, Marcelino Salas, cogió a don Ignacio por los cabellos y lo arrastró hasta una distancia como de 100 varas, provocando gran indignación y alboroto entre las gentes, al extremo en que el Padre Piñeiro, cuya persuasiva palabra había sido respetada por todo el pueblo, no pudiendo apaciguar a la multitud en esos momentos, hubo de recurrir a la violencia repartiendo garrote entre los insurrectos, y dando alojamiento dentro de su casa a 17 esquivelistas. Enseguida procedió el Padre Piñeiro a llamar a los militares de la ciudad de Alajuela, entre los cuales llegaron a San Ramón Rafael Rodríguez Salas, Samuel Naranjo y Ezequiel Gutiérrez, quienes tomaron presos a varios esquivelistas y miembros de la familia Acosta.

Mi abuela, Juliana Rodríguez de Rodríguez y otras señoras de la localidad les llevaban café y consuelo a los prisioneros.

Pronto fueron puestos en libertad.

Era tan terrible el desconcierto, que algunos individuos huyeron hacia Alajuela y San José por veredas que evadían la carretera, conducidos por expertos, y nunca volvieron a vivir en San Ramón, aunque de cuando en cuando llegaban de visita.



Orígenes y evolución de la ciudad de San Ramón.



## CAMINO A TILARAN

Hace más de 50 años, había que recorrer un larguísimo y pedregoso camino entre San Ramón y Tilarán, para movilizar partidas de ganado, a pie, atravesando ríos.

El ganado se maltrataba mucho y perdía peso considerablemente.

Se imponía la necesidad de hacer una vía menos difícil de transitar. Las Municipalidades de San Ramón y Tilarán estaban preocupadas por lograr ese objetivo, y se cruzaban notas al respecto.

Fue en el año 1923, siendo presidente de la república don Julio Acosta, cuando el Ministerio de Obras Públicas designó al Ingeniero Ramón Muñoz para encomendarle la apertura del nuevo camino.

Este proyecto revestía especial importancia pues por allí se hacía el comercio desde Guatemala, a través de América Central, y llegaba de Nicaragua a la frontera de Costa Rica, y de allí al corazón de nuestro país.

El café nuestro se intercambiaba con Guatemala, de donde recibíamos equipos y arneses para bestias, magníficas telas y mantones y bellísimas muñecas. De Guatemala nos llegaban exquisitos vinos españoles y el delicioso salmón enlatado.

El ingeniero Muñoz se dio a la tarea de organizar en San Ramón un grupo de trabajadores, de recia voluntad y constitución física, para emprender con ellos la obra, que de antemano se sabía muy dura, pues era necesario romper una picada entre inhóspitas montañas.

Constituimos el grupo de exploradores, el señor Ramón Muñoz, su amigo Jorge Salas, el baquiano Vidal Quesada y los ayudantes Heriberto Araya, Antonio Zárate, Ramón Barran-

tes, Dídimo Rodríguez y Alcides Rodríguez López. Justo Dobles iba con nosotros solamente para regresar con las bestias.

El 15 de setiembre de 1923, aniversario de la Independencia, en una madrugada muy fría salió la cabalgada antes de las cinco de la mañana, partiendo de San Ramón rumbo al Bajo Barrantes.

Al cabo de un día entero de jornada llegamos al Bajo. De allí en adelante seguiríamos a pie, internándonos entre la montaña, bajo la experta guía de Vidal Quesada.

Emprenderíamos la apertura de una picada suficientemente ancha para el camino deseado. Avanzábamos en nuestros trabajos, pasamos las quebradas de Jamonal y Agua Serena. Al caer la noche llegamos a Barranca de Guatuso. Allí encontramos a Maurilio Rodríguez quien había hecho un desmonte y plantado su vivienda para labrar la tierra.

Maurilio se alegró de que rompiéramos su soledad y nos albergó como mejor pudo. El grupo era grande y tendríamos que dormir en el suelo. Su buena voluntad nos proporcionó alojamiento y el calor de la amistad.

Al día siguiente, muy de mañanita, estábamos listos para continuar la jornada.

Nos adentramos en el tupidísimo bosque. Temblábamos de frío. Solamente el ejercicio nos libró de congelarnos.

Al atardecer nos detuvimos y comenzamos a derribar árboles para hacer un claro en la montaña y construir un rancho cubierto con hojas de palma, donde guarecernos para pasar la noche. Nos sentíamos medio muertos de fatiga. Fue aquella una noche inolvidable, especialmente para mí que sufrí terribles calambres. Me angustiaban el dolor y la preocupación de causar un retraso en la hora de salida a la mañana siguiente. Al fin me alivié y no hubo menoscabo en mi contribución al trabajo.

En la oscuridad y el silencio, Alejandro Saborío, que había conversado con mineros de Miramar, quizás entretuvo su imaginación esa noche pensando en el tesoro de esas minas y cómo podría irse a trabajar allá donde había salarios tentadores. ¿Qué pasaría por la mente de Alejandro? ¿Quién sabe! Nosotros,

los ayudantes, ganábamos ₡ 2.00 al día y la comida por nuestra labor y vicisitudes que atravesábamos, pero nos sentíamos halagados por el espíritu de exploración y su objetivo.

Al amanecer nos dimos cuenta de que faltaba Alejandro, lo cual nos produjo mucha inquietud.

El baquiano Vidal Quesada nos ordenó no dispersarnos. Él, que era muy conocedor de la montaña, iría a buscar a Alejandro. En su ausencia, el grupo debía permanecer unido, no fuera a perderse ninguno de sus miembros.

Vidal se fue, y anduvo dos días y sus noches bajo la lluvia en busca del compañero que nos faltaba. Fue inútil su búsqueda. Decepcionado, regresó a unirse con los que estábamos esperándolo.

Tuvimos que seguir adelante sin él, rumiando el dolor.

¿Qué habría sucedido a Alejandro? Nos fuimos pensativos, más avanzamos en nuestro trabajo por entre la montaña.

Los víveres se iban acabando. Ya sólo nos quedaban algunas latas de sardinas y unas tapas de dulce.

Por fin salimos al Dos de Cañas. Allí encontramos a un viejo conocido, Benjamín Lobo, residente de ese lugar. Luis Quesada, hijo de Vidal, llegó de San Ramón a buscarnos y llevarnos bestias de una finca llamada Lombardía, cercana a Dos de Cañas, para irnos a Tilarán.

Ya a caballo nos dirigimos a la Hacienda de don Mino Fait. Llegamos allí un tanto demacrados, con nuestras ropas empapadas y sucias, pero con el espíritu altivo, por la satisfacción del provecho que se derivaría de nuestro trabajo.

De allí a Tilarán el viaje no tuvo mayor novedad.

De Tilarán se avisó por telégrafo que estábamos allí, sanos y salvos. También avisaron a Abangares y a Miramar. No hubo respuesta.

Regresamos a San Ramón sin poder dar a la familia de Alejandro Saborío más noticias que la de su desaparición y la inutilidad de los esfuerzos por encontrarlo.

Seis meses después, llegó a San Ramón la noticia de que unos cazadores encontraron en la montaña donde estuvimos,

un cadáver, su cuchillo y prendas de vestir por las que se identificó a Saborío.

Todos los que participamos en la exploración fuimos citados para declarar en la Alcaldía de San Ramón.

No hubo detención ni cargo alguno de culpabilidad contra ninguno de nosotros.

Nos quedó sólo su recuerdo y una melancólica interrogación.

Guardamos el hermosísimo ejemplo que nos legó Vidal Quesada con su tenacidad, espíritu de compañerismo y valentía en la búsqueda de Alejandro Saborío.

### *Origen del nombre*

#### "CAMINO DE LA PENITENCIA"

En el año de 1872, comprendiendo la urgencia de hacer un camino entre San Ramón y San Mateo, se reunieron los miembros del ayuntamiento de San Ramón para acordar presupuesto y detalles de su ejecución.

En esa reunión estaba presente el coadjutor del Padre Piñeiro. Pidió la palabra Murillo Castro al coadjutor para exponer su deseo de que a dicha vía de comunicación se le diera el nombre de La Penitencia. Su idea era imponer a cada devoto que llegara a confesarse, la penitencia de construir determinada área de ese camino, de acuerdo con el número y grado de sus pecados. Los devotos, para salvación de sus almas, obedecieron fielmente tal disposición.

Viendo el progreso en la ejecución del camino, aquellos que no tenían que cumplir penitencia, pues no habían ido a confesarse, no quisieron quedarse atrás en cooperar para llevar a cabo la obra, y lo hicieron voluntariamente, unos con su propio trabajo, y los otros, más aseñorados, o pudientes, daban dinero.

Hubo tanto entusiasmo y dedicación que en el término de seis meses se terminó el camino.

Con esto se abrió una arteria comercial para la explotación de las vetas de cal existentes en las cabeceras del río Machuca, región conocida con el nombre de "La Calera".



## EL CAMINO DEL OBISPO

Había llegado a San Ramón el Arzobispo Monestel para hacer más solemne una Primera Comuni3n que revestía especial inter3s porque ni3os y adultos se congregaron para recibir dicho sacramento ese d3a.

Aprovechando la ocasi3n, el mayordomo don Lucas Caballero invit3 al se3or Monestel a ir a conocer su finca. Dio la casualidad de presenciar un acarreo de sacos de sal de Punta Arenas a San Ramón, llevando los trabajadores a sus espaldas los fardos. El jefe de ellos era Pedro Rodr3guez Sol3rzano.

Pregunt3 el obispo a Pedro, por qu3 elegían aquel sendero. Su respuesta fue: —“Para acortar la distancia atravesando monta3as”, en vez de tomar la carretera que pasaba por Atenas.

Propuso el obispo a Pedro que lo llevara a Esparta siguiendo le picada a la Uni3n de Paires, hoy San Rafael de Esparta. Juntos hicieron el recorrido a pie. En el alto de una cuesta se sentaron a descansar al pie de un 3rbol, en el punto que se llam3 la Cuesta del Obispo, y m3s tarde la Cuesta de los Cambronero porque all3 se afincaron unos se3ores de ese apellido.

Sin duda al Obispo le impresion3 mucho la dificultad del viaje, pues poco despu3s de su regreso a San Jos3 gestion3 que el ing. Ram3n Guti3rrez estudiara el trayecto recorrido para hacer una ruta m3s amplia para el tr3fico de carretas conducidas por bueyes y tr3nsito a caballo. As3 se verific3 el camino por donde transitan hoy d3a m3s camiones y autom3viles que bueyes y caballos.







## ALGUNOS CAMINOS Y COLONIAS AGRICOLAS

Desterrado por el gobierno de don Rafael Iglesias llegó don Mercedes Quesada a San Carlos, al territorio llamado hoy Ciudad Quesada. Lo acompañaban 60 hombres a quienes debía dárselos trabajo, vivienda y sueldo.

Con estos hombres logró don Mercedes cultivar 100 manzanas de café cuyo fruto se exportó en veleros de fabricación nacional que surcaron el río San Juan.

Arduo fue el trabajo, y para sostener los gastos de producción, don Mercedes tuvo que hipotecar la finca a un banco. Temporales y tormentas dieron al traste con las naves. Sobre vino la ruina a don Mercedes. Como recuerdo de esta obra quedó la "Hacienda El Banco", en San Carlos.

También desterró el gobierno de don Rafael Iglesias a don Florencio Castro, a la región que hoy es Ciudad Florencia, donde se inició el cultivo del banano y la ganadería.

A los esfuerzos de don Florencio, aunó don Manuel Castro Brenes los suyos extendiendo la colonia desde el Zapote hasta Buena Vista de San Carlos. Aún puede verse la hacienda llamada La Culebra, que atestigua el esfuerzo de don Manuel Castro.

Corresponde a la administración de Iglesias la apertura del camino de Zarcero (hoy Alfaro Ruiz) al muelle de San Carlos. Esta vía de comunicación se llevó a cabo según la Ley de Vagos, en que éstos eran recogidos sin contemplaciones para ponerlos a trabajar. Los recursos económicos para poner en marcha ese plan eran suministrados mediante un préstamo de los ricos.

El cambio monetario entre el colón y el dólar se fijó al 2.15 y así se mantuvo hasta el advenimiento del gobierno de don Alfredo González Flores.

En el año 1910, en el poder don Ricardo Jiménez Ore-amuno, el diputado por San Ramón, don Rafael Rodríguez Salas, presentó un proyecto de ley para hacer un camino de comunicación entre los Angeles de San Ramón, los Bajos de Santa Clara y La Tigra, con el fin de favorecer la agricultura. Así las gentes de los Angeles encontraron nuevas tierras en donde afincarse, y se moderó el éxodo de campesinos de ese barrio a la ciudad de San Ramón donde se sentían fracasados por falta de trabajo.

En Santa Clara y La Tigra se hicieron repartos de 50 hectáreas de terrenos baldíos y un préstamo de 750 colones a diez años plazo por cada jefe de familia, convirtiendo esas tierras en productoras de café, caña y ganado.

Siendo yo niño, vi pasar a don Ricardo Jiménez a caballo, hacer la inauguración oficial de ese camino. Munícipes y miembros de la sociedad ramonense fueron a encontrar a don Ricardo frente a la ermita de los Angeles.

Por el mal estado del tiempo llegó el mandatario salpicado por el barro del camino, y diciendo "Polvo somos y en polvo nos convertiremos", se presentó así rodeado de la comitiva, en el centro de San Ramón donde pronunció un brillante discurso desde el balcón de la casa de don Nautilio Acosta.

## COLONIA PALMAREÑA

En el gobierno de don Cleto González Víquez, el diputado Joaquín Sancho, de Palmares, (provincia de Alajuela) presentó un proyecto de Ley de Terrenos Baldíos, mediante el cual se fundó la Colonia Palmareña. Cada familia recibía gratuitamente el zinc para techo de su casa y un subsidio de 24 colones semanales para construir su vivienda y hacer el inicio de las labores agrícolas.

El ingeniero Vidal Quesada marcó la división de lotes y el cuadrante de la ciudad. Después de un tiempo, muchos colonos favorecidos con la ayuda oficial para instalarse en la Colonia Palmareña, vendieron sus casas e inmigraron a otros lugares.

Durante el gobierno de don León Cortés, en una crisis de la agricultura, trabajadores pobres recibieron ayuda de 4 cajuelas de frijoles y 1 cajuela de maíz para semilla. Muchos beneficiarios vendieron las semillas y las autoridades de San Ramón recibieron queja por lo ocurrido. Los que aún no la habían recibido fueron obligados a aceptarla rociada de canfín para que así sólo pudieran utilizarla en sus sembrados.

Me he referido a esas colonias y caminos en particular por estar muy vinculados con San Ramón.

En otros lugares no tan relacionados con mi pueblo, los gobiernos se han preocupado por las colonias, tales como el doctor Calderón Guardia por la colonia Playas de Jacob, donde se establecieron 100 familias en modestas viviendas con un pequeño apoyo monetario. Algunos de sus ingratos dueños vendieron sus propiedades dos años después.

La Junta de Gobierno de don José Figueres estableció la Colonia San Jorge en la Provincia de Heredia, donde reos no peligrosos descontaron sus penas trabajando y conduciéndose correctamente, con alimentación gratuita y un salario de 2 colones diarios. Allí se construyeron una escuela para adultos y una iglesia.

Ocuparse de todas las colonias patrocinadas por los diferentes gobiernos sería objeto de un folleto exclusivo.

Algún día quizás haya una ley para que cada jefe de familia pobre disfrute de una extensión prudencial de tierra que pueda y deba ser cultivada con la ayuda necesaria del gobierno, sin derecho a venderla, solamente retornarla si se quiere hacer abandono de ella.



## LA IMAGEN DE SANTA CECILIA

Esta imagen fue traída a San Ramón con la ayuda de don Roberto Cantillano, el mejor flautista que ha tenido Costa Rica. Admirable maestro que llegó a San José en vía de paseo, a finales del siglo pasado y se quedó en nuestro país. Fundó una excelente filarmonía y en ella puso lo mejor de su espíritu en el arte musical.

Dentro de los primeros miembros de aquella asociación de músicos salió Joaquín Chavarría para hacerse cargo de la filarmonía de Puntarenas.

Entre los discípulos de Cantillano es grato recordar a Vicente Molina, maestro de filarmonía en San Ramón, y al músico don Pedro Prado, cuyo hijo Alcides Prado, ha alcanzado prestigio internacional en la música.

Don Alcides nació en San Ramón. Heredó de su padre esclarecido talento, y lo ha superado. Es miembro de la Orquesta Sinfónica que ejecuta en nuestro gran coliseo, el Teatro Nacional. Ha sido el alma de "Milagro de Amor", representado en la capital de nuestro país y en otros de Centro América.

Todos los músicos rinden pleitesía a Santa Cecilia.

Los directores de la filarmonía de mi pueblo, don Vicente Molina, don Pedro Prado, don Manuel Mora, don José Quesada, don Belarmino Soto, don Rafael Mora Bustamante y don Alcione Salas, han celebrado con la banda y público ramonense el día de Santa Cecilia, recorriendo las calles de la ciudad en la alborada. La imagen de Santa Cecilia, conducida en andas, a la cabeza del desfile de músicos que ejecutan alegre diana.

Entre los recuerdos de mi niñez y juventud guardo el de la celebración del Día de Santa Cecilia. La víspera de ese día a las seis de la tarde, se instalaba su imagen en el pórtico del

Palacio Municipal, y la banda ejecutaba un concierto en el parque, frente al Palacio. Al día siguiente en la madrugada, reunidos allí los músicos de la filarmonía y muchos vecinos de la ciudad, se sacaba la imagen y se iniciaba el desfile. A su paso se unían más simpatizantes, y se abrían ventanas y puertas de las casas. Los niños alborozados, aún vestidos en su ropa de dormir se asomaban para unirse así al regocijo general.

En la imagen que honramos se unen el arte español, la devoción costarricense y la fe de un pueblo que guiado en su principio por los primeros moradores y sus maestros ejemplares, eleva un himno de gloria a Santa Cecilia.

El origen de esa celebración se remonta al año 1910. Congregado un grupo de entusiastas discípulos de don Pedro Prado, acordamos unánimemente adquirir por contribución de simpatizantes, la imagen de Santa Cecilia. Nos valimos del inolvidable don Paco Mirambel para que la pidiera a España, entregándole ₡ 1.400 que habíamos recogido.

Agradecemos a don Guillermo Zúñiga el obsequio y hechura del altar en que se iba a colocar.

Era presidente municipal el dinámico Rafael Rodríguez Salas, cariñosamente llamado "Coyolillo" quien nos consiguió el permiso para guardar la santa imagen en el antiguo palacio municipal, donde permaneció por varios años.

Don Federico Hopkins, destacado empresario americano, de gratísima memoria, a quien se debe la instalación de la primera planta eléctrica de nuestro pueblo, nos obsequió el alumbrado para celebrar la misa en honor a la patrona de los músicos, durante todos los años en que él vivió entre nosotros.

## MI PADRE Y SU CABALLO

Tenía mi padre un hermoso caballo retinto de reluciente piel. A la más leve indicación que le daba con un tironcito de rienda, se paraba sobre las patas traseras y hacía mil cabriolas. Lo extraño es que no le ponía freno, ni lo latigueaba, ni el animal había sido entrenado con los crueles métodos que usan los caballistas. ¿Sería que algún antecesor de este diestro animal había sido caballo de circo? ¿o de esos que se exhiben en los desfiles de tope en fiestas populares? ¿Pero, se puede heredar un aprendizaje? Que lo contesten los sicólogos que experimentan hasta con cucarachas. Yo me contento con saber que el caballo de mi padre nunca fue maltratado, y causaba la admiración de mis hermanos, la mía y la de la chiquillería del vecindario, cuando gallardo jinete, regresaba mi padre de la finca.

Mi madre y todos los hijos íbamos a recibirlo en la acera de nuestra casa esquinera alegremente, y lo despedíamos alicaídos cuando partía para la finca.

Antes de salir, en espera de su jinete piafaba el caballo en el empedrado del corredor que había detrás de la casa, donde estábamos reunidos para decirle adiós a papá. De un salto montaba él, y con la brida en la mano, listo para darle al animal la orden de partir, se inclinaba para darnos su amorosa despedida. A los más pequeños los iba alzando y bajando mamá para que él los besara. Iba alguno a abrir el portón. A paso lento del caballo, salía.

El retinto era alimentado y bañado con esmero. En la finca quedaba suelto durante cinco días de la semana.

Un día volvió papá a nuestra casa, a pie, conduciendo su caballo suavemente atado por el cuello. Ambos venían tristes.

A todos nos intrigó la expresión de su semblante.. Apenas nos saludó, pidió que le prepararan una tisana de borraja para el caballo. Se desocupó el dormitorio que quedaba junto al corredor, y con zacate seco se improvisó un gran colchón. Allí hizo papá que se echara el animal enfermo. Todos presenciábamos en silencio. Mamá se acercó, tisana de borraja en mano en una botella, y ayudó a hacer que el caballo la bebiera. Papá le frotó la cabeza, pescuezo y pecho con manteca alcanforada. Después lo cobijaron con dos grandes y gruesas cobijas de lana roja. Aquello era todo un ceremonial para nosotros. Terminada la curación todos nos retiramos.

Allá en la madrugada el caballo sacudió y botó las cobijas, se paró y relinchó. Papá dijo: "Ya está curado". Fuimos a ver, y nos sentimos felices. Abrazábamos al "gran doctor" que había hecho aquello como un milagro. Volvimos a la cama. La mañana siguiente nos pareció como de fiesta.

Llegó un día en que para sostener la familia y la finca, papá estaba en grandes apuros monetarios. Había que vender algunas vacas y el caballo. Quedamos los niños llorando a la hora de la entrega.

Años más tarde llegó de La Balsa un peón y nos contó que el retinto había enflaquecido y deteriorado mucho porque su nuevo dueño lo hacía trabajar demasiado, y últimamente ordenó que lo echaran de la finca y lo dejaran ir a morir lejos, en cualquier camino.

Llamó papá al nuevo dueño y le propuso comprarle el caballo. Este respondió: "No se lo puedo vender porque ya murió". Entonces papá le dijo: "Le compro el esqueleto".

"Se lo regalo, si alguien puede saber dónde murió el rucu".

Informaron a mi padre que habían visto el caballo deambulando en una calle, por la orilla de una acera. Allí fue mi padre y, tras un día de búsqueda, dio con él. Estaba flaquísimo, se le veía el costillero forrado en el pellejo, andaba cabizbajo, con los ojos hundidos. Tuvo un leve destello en sus ojos al ver a su viejo amo.

Papá le dio un poco de sal en el cuenco de su mano. Lo palmoteó suavemente en el pescuezo, le sobó la cabeza, le habló: "Vámonos para casa".

Regresó papá al hogar, a pie, y su caballo siguiéndole lenta, lentamente.

Un domingo el hombre que había prometido regalar a mi padre el esqueleto del retinto apareció en el pueblo. —Vamos a casa, le dijo mi papá para que vea cómo trasladé el esqueleto que usted me regaló". Llegaron, y el hombre quedó maravillado al reconocer el caballo, otra vez lozano.

Bueno, ¿qué hay del trato? Usted me regaló el esqueleto. ¿Cuánto quiere por el caballo?

—No señor, el animal era difunto. "Usted lo resucitó". No me ofrezca plata porque me avergüenza. "Es suyo otra vez".



## ÑA ANDREA

Hay en la mayoría de los pueblos algunos individuos inolvidables, quienes, ya sea por su talento, por su espíritu de servicio, su dinamismo, su gracia o su belleza, por valentía o por sus cuentos, despiertan el interés de sus conciudadanos.

Ellos tienen singulares características. Algunos son muy humildes, otros muy divertidos, chistosos, o graves.

Muchos de estos tipos han sido inmortalizados por Luis Dobles Segreda, uno de los más delicados poetas y escritores de Costa Rica, en su libro "Por el Amor de Dios".

Voy a referirme a una mujer de campo, sencilla, valiente y buena, a quien conocimos por el nombre de Ña Andrea. Algunos escritores ramonenses se han referido a ella, pero se les ha quedado mucho en el tintero.

Recuerdo que usaba sombrero de pita, amplia falda de zafraza replegada en la cintura, y blusa de colores. Sabía muy bien montar a caballo, y tenía un dinamismo único.

Era esposa de Sancho a quien, por arte de su personalidad, ella siempre dominaba, Sancho hizo siempre la voluntad de Ña Andrea.

Era una mujer valiente hasta de temeridad, morena dorada, con ojos chispeantes, y ademanes de hombre.

Aunque vivía en el barrio de la Paz, no era pacífica; era amiga de querellas si encontraba razón para establecerlas. Por cualquier pequeñez se disgustaba.

Amaba su caballo retinto y era muy cariñosa con él, probablemente por su docilidad.

Discutía con las autoridades, le gritaba a la policía. Peleaba por asuntos del ganado, del arreglo de caminos, y por el tras-

paso de su propiedad. El pleito que no ganaba, lo enredaba. Si hubiera tenido oportunidad de estudiar habría sido muy buena abogada.

### *La amputación del brazo*

El esposo de Ña Andrea, Ñor Sancho, era manco. En el pueblo se decía que ella le había amputado el brazo para parar el efecto de una grave mordedura de culebra. Otra versión era que entre las muñoneras del trapiche se había molido una mano y parte del brazo.

La verdad es que en todos los campos y en la ciudad de San Ramón eran conocidos el valor de Ña Andrea y su afición a curar.

A mí me contaron, y ésta es la versión más generalizada que conozco, que un día, trabajando en la montaña, le había caído a Ñor Sancho una gruesa rama de un alto árbol, y lo golpeó con tal fuerza que le quebró un brazo y se lo dejó guindando.

Dicen que Ñor Sancho, sacando fuerzas de la angustia que lo consumía, pudo caminar hasta su casa.

Cuando Ña Andrea lo vio, exclamó:

—“Viejito, tenga valor, eso no es nada; ahorita verá como yo lo curo”— Lo ayudó a arrimarse al moledero y sentarse. Le dio un trago de guaro para envalentonarlo. Alistó cal y ceniza y unas tiras de manta muy limpia; buscó un machete, le metió la hoja dentro del fuego, acomodó el brazo de su esposo sobre el moledero, sacó del fuego el machete caliente al rojo vivo, y certeramente, de un solo filazo, amputó el brazo.

—“No se mueva, viejito, aguante”.

Sobre el muñón del brazo hizo una buena aplicación de cal y ceniza mezcladas y le puso hábilmente un vendaje.

“Ahorita saldremos para San Ramón a buscar un doctor”  
—Montó a Sancho a caballo— “Arriba, mi hijito, y no afloje”.

Llegaron donde el doctor —“A ver qué le puede hacer a mi viejito”.

El doctor examinó cuidadosamente —“Nada hay que hacer ya. Lo que usted hizo está perfecto”.

Ella no cabía de contento por el resultado de la operación que había practicado, y por haber salvado la vida a Ñor Sancho.

El doctor le dijo: “Lástima que usted no quiera venirse de La Paz y convertirse en mi ayudante en el hospital. Con mujeres como usted, nadie muere por falta de asistencia”.

Ñor Sancho era aficionado a las copas, y cuando se pasaba de trago un poquito, la señora lo montaba a caballo y se lo llevaba a la casa sin hacer escándalo, silenciosamente. Si alguien se acercaba para ayudarle, ella se indignaba profundamente y decía: “Yo soy muy mujer, no necesito que usted me ayude a manejar a mi marido; para eso estoy yo aquí, y usted sobra”.

### *El contrabando de guaro*

Se cuenta que Ñor Sancho tenía una “saca” oculta en el corazón de la tupidísima selva.

Inútilmente había tratado el Resguardo de San Ramón de llegar a ella sorpresivamente y aprehender el cuerpo del delito.

Por cada chismoso que iba a denunciar a las autoridades el contrabando de Sancho, y hasta a ofrecer su cooperación personal en el asalto a la saca y aprehensión del contrabandista, había siempre un individuo más listo que se adelantaba a poner a Sancho sobre aviso. Parecía como si Ña Andrea y su esposo tuvieran organizado un habilísimo correo secreto para burlar la persecución de las autoridades.

Sucedía siempre que al llegar el Resguardo al lugar donde esperaba encontrar la saca, ésta había desaparecido, como por arte de encantamiento.

Tras tantos intentos fracasados del Resguardo, se había desarrollado una inquina mutua entre éste y Ñor Sancho, y no cesaba el constante desafío entre ellos.

Al fin, llegó un día en que falló la precisión y rapidez del correo secreto del contrabandista, e inexorablemente cayó el Resguardo sobre la saca. Allí estaba el cuerpo del delito, pero su autor se había esfumado. Quién sabe en qué misteriosa forma, momentos antes de aparecer las autoridades, el ladino contrabandista olió su cercana presencia, y huyó más veloz que un rayo, no dejando ni rastros del alambique. Sólo quedó al alcance de sus perseguidores una garrafa de guaro, con lo cual se contentaron y partieron con ella de regreso a San Ramón, en victoriosa cabalgata.

Al llegar a una cumbre del camino, les salió entre las brumas una viejecita encorvada, toda arrebuada en negro traje, dando quejidos y apretándose el estómago. La cabalgata se detuvo ante la lastimera presencia de la anciana, quien se acercó al que llevaba la garrafa de guaro, y le dijo: "Señor, por caridad, déme un trago; me estoy muriendo de frío y de dolor".

Se agachó el jinete, destapó la garrafa y la inclinó hacia la viejecita para que tomara el trago.

En menos de un decir amén, ella sacó un martillo que llevaba oculto y le dio un martillazo a la garrafa. Ante tan inesperado suceso, el jinete dejó caer a tierra el cuerpo del delito que se hizo trizas, y sin más ni más, en medio de la confusión huyó la viejecita, quien no era otra sino "Ña Andrea".

Pasó veloz y certera bajo una cerca de alambre y desapareció corriendo como un venado por entre los matorrales. Los guardas quedaron atónitos, no la reconocieron, ni intentaron perseguirla. Volvieron una vez más, defraudados y calladitos, al edificio del Resguardo.

No se supo nunca más que Ñor Sancho volviera a sus actividades de contrabandista.

En política, Ña Andrea fue siempre del Partido Republicano. Era fuerte como un roble y nadie podía hacerla cambiar en sus convicciones. Su marido la seguía, en política como en todo, y no había pleitos entre ellos.

Yo diría que aquél fue un matrimonio feliz. Siempre los vi juntos y amorosos.

Naturalmente, Ña Andrea mandaba la parada.

## JUANA VARELA

Fue esta mujer de las más plantadas que he conocido. Fuerte y guapa. Gozaba de envidiable salud. A pesar de que trabaja en contacto con la tierra, nunca se veía sucia.

Vivía cerca del cementerio, y nunca tuvo miedo a los muertos ni creyó en espantos.

Decía que eran más de temer muchos de los vivos y pícaros que se aprovechaban de los crédulos y mansos de corazón, mientras que los muertos, fuera cual hubiera sido su vida, ya muertos eran inofensivos.

Cuando rayaba el alba, ya Juana estaba lista con sus bueyes enyugados, el pico y la pala dentro de la carreta, y salía rumbo a una cantera de piedra.

Después del mediodía volvía a la ciudad con la carreta llena, y no descansaba hasta haber vendido la piedra.

Desenyugaba, alimentaba los bueyes, y luego se ocupaba de las faenas domésticas.

Su dura lucha en el trabajo no la amargaba. Era alegre y de carácter firme.

Madre de seis hijos, no descuidaba sus deberes para con ellos, y los trataba con ternura.

Amaba y consentía a su marido. Una vez lo llevaron a la cárcel, y ella lo sacó libre pagando por los daños que él había hecho en las minas de Montes de Oro.

Su educación no fue más allá del quinto grado de la escuela primaria. Era un poco leguleya, y cuando fue necesario, demostró su habilidad para imponer la justicia en bien de su marido con vehementes argumentos bien razonados, capaces de conmover hasta las piedras.

Claro que el esposo de Juana no era un criminal, sino un hombre bueno que perdió la cabeza cuando su hermano fue asesinado vilmente, sin ton ni son. Pero allí estaba ella, Juana Varela, su mejor defensora. Sabiéndolo inocente se lo probó al abogado y logró su liberación.

Los caminos de tierra de hace más de sesenta años fueron testigos de los momentos trágicos en que Juana imploraba la ayuda de todos los Santos del cielo para sacar del barreal a sus bueyes a punto de ahogarse en el fango. Otras veces invocó a sus ángeles guardianes para que yunta y carreta no se fueran guindo abajo como estuvo a punto de suceder, y logró salvarlos sin más que su valor y pericia.

Llegaba exhausta a su casa. El día que no iba a sacar piedra, se ocupaba en cortar caña para transportarla en su carreta a los trapiches. Otras veces llevaba tablones.

En ocasiones conducía sus bueyes desde San Ramón hasta la Estación del Ferrocarril al Pacífico en Río Grande de Atenas para transportar mercadería que los Stainworth mandaban a San Ramón. En aquellos tiempos se gastaban ocho horas en ese viaje, sin contar las horas de descanso en el sesteo de las Pineda.

Cuando alguien se negaba a pagarle un flete, Juana se cuadraba como un hombre, y por bien o por la fuerza obligaba a que se le pagara.

Un acaudalado comerciante de San Ramón, hombre que siempre se mostraba muy atildado, por darle una bronca le negó el pago de un flete, y ella, que lo tomó muy en serio, le dijo: "Mirá hijo de . . . , si no me pagás, por Dios que con este cuchillo que traigo al cinto te voy a cortar la cabeza. Yo no te voy a matar a la brava. Buscate uño de los machetes que tenés allí para la venta, y démonos de machetazos.

El caballero se puso pálido como el día que lo fueran a enterrar. Sus dos hijos estaban detrás del mostrador y saltaron más rápido que una liebre; le quitaron el machete a Juana, y le dijeron: "Juanita no ve Ud. que papá no es de mala fe, y que él siempre la ha querido a usted por lo trabajadora y valiente que es. Díganos cuánto le debe papá, y ahora mismo le

pagaremos”, —Como ella no tenía mal fondo, se aplacó inmediatamente, cogiendo los cien colones que le daban, dijo “Que Dios los bendiga porque saben cumplir con el mandamiento de honrar a padre y madre. Al viejo, díganle que quedamos en paz y tratando”. Y aquí paz y gloria.

En otra ocasión tuvo un disgusto con un juez, no por plata, sino porque consideró que le había faltado al respeto sin que ella hubiera dado motivo.

Al pasar Juana por una esquina de la acera donde estaba parado el Juez, que era muy charlatán y gozaba de verla brava, exclamó: “Juanita Varela culito de candela, préstame tu yegua para ir a Alajuela.

Saltó ella foribunda, y él viéndola tan brava puso pies en polvorosa. Juana lo siguió con el cuchillo pelado, y llegó hasta la casa del Juez. Pidió que llamaran a la madre del dicho señor, para denunciar ante ella, que, abusando de su autoridad, él le había dado una nalgada y espetado el insulto que ya conocemos “Juana Varela, culito de candela, préstame tu yegua para ir a Alajuela.

Una vez llegó a San Ramón un candidato a la Presidencia de la República. Juana era su partidaria, y adornó la carreta con arcos de flores de varal a varal. Encargó a un mozuolo de guiar los bueyes; se sentó en un banco en el piso de la carreta, y cuando llegó el encuentro de Juana y su candidato, se levantó de un solo brinco, cogió por la cintura al jefe del partido que venía a caballo, lo metió dentro de la carreta y lo hizo cantar con ella, al son de una guitarra, el himno del partido.

Aquel roble tenía que terminar como terminamos todos. Un día, cuando todos sus hijos estaban grandes, Juana Varela entregó el alma a su Creador en el florido mes de abril.

Todos los de su generación la recordamos con cariño por la integridad con que llevó su viudez, por el ejemplo que dio a sus conciudadanos, por sus arrestos y férrea voluntad.

En su tumba debería estar escrito este epitafio; Aquí yace Juana Varela, la mujer valiente que sólo temía a Dios, y sólo ante él se arrodilló.



## MARIA MOZOTILLO

Es curioso que siendo María el nombre que llevó la madre de Jesús haya tantas Marías del estilo y de la vida de María Magdalena y no de la pureza de María, la madre del redentor.

La razón puede ser que la vida del trabajo siempre resulta más dura que las de las favoritas de hombres ricos.

La María a que nos referimos era muy linda y le gustaban mucho los mozotillos que son unos pajaritos que comen mozote y cantan muy lindo.

Entre estas avecillas delicadas y tiernas y la Mozotillo había cierta semejanza porque ella era delicada y parecía romperse con sólo una ráfaga de viento.

Ella no fue pobre; pero jamás llegó a ser rica.

No se dedicó a la vida alegre por necesidad sino por una tremenda desilusión amorosa.

Su madre era ejemplar, y su padre un gran trabajador, y ambos se veían en la quinceañera que cautivaba los corazones de todo el mundo.

Un agente de una de las más conocidas librerías de San José llegó a San Ramón a vender libros. María le compró un diccionario. Acababa de salir de sexto grado y era aficionada a la poesía.

Ella salió con él muchas veces, y una noche plácida y tibia en que todo invitaba al amor, el galante prometió casarse con ella; pero él no cumplió con la palabra, y la bella adolescente creyó morir de pena.

Se recluyó en su hogar y mientras sus padres vivieron, vivió una vida recatada y apacible, pero cuando ambos murieron dejó de vender mozotillos y comenzó a explotar su belleza.

Todo el que haya padecido males de amor sabe que si no se tiene mucha fortaleza incluso se puede morir de amor.

Con las emociones es muy peligroso jugar, y el hombre que se rió de María no pudo medir las consecuencias de su conducta.

En el fondo era tan buena que ganaba dinero vendiendo su carne y lo gastaba en ayudar a niños huérfanos, a viejecitos inválidos y en darle dinero a un hombre joven a quien amaba y quería ayudarle.

Durante muchos años estuvieron a punto de divorciarse muchos galanes para casarse con ella, pero María los convencía de que debían quedarse en su hogar, y hasta les explicaba que sus embrujos eran cosa pasajera y que al volver a su casa, encontrarían más alegría que pasando una noche con ella.

Nadie podría decir que por ella se había deshecho un hogar.

Era frívola y coqueta, pero no era mala.

Nunca trató de retener a un hombre aunque muchos le dijeron que se divorciarían de sus esposas para contraer matrimonio con ella.

Nunca lo hizo porque pensaba en los niños.

En las navidades María vendía alhajas para comprarle juguetes a los pequeños.

Era la primera en llevarle al "padre" su contribución.

De pronto llegaron a la ciudad de San Ramón unos misioneros y entre ellos había uno que era un gran orador. Era un apuesto sacerdote llamado el padre Gregorio.

Después de sus prédicas, muchos amancebados formaron un hogar y vivieron cristianamente.

María decía que el matrimonio era la tumba del amor, y no se casó con el muchacho con que vivía en esos días.

Era al que sinceramente amaba; pero era mucho más joven ella; por él sentía más ternura que pasión sexual, y lo convenció de que debía buscar vida en otra parte.

El muchacho ya tenía un oficio que era en gran parte fruto de lo que María Mozotillo le había dado ejerciendo la prostitución.

Después del último sermón del padre Gregorio, María llegó a su casa, le empacó la ropa al muchacho, le dejó una carta de despedida, no sin derramar muchas lágrimas y le dijo que si quería seguir viviendo allí podía hablar con el dueño de la casa porque ella le dejaba el menaje completo por si pensaba en casarse y sentar cabeza, formando un hogar con una mujer joven como él.

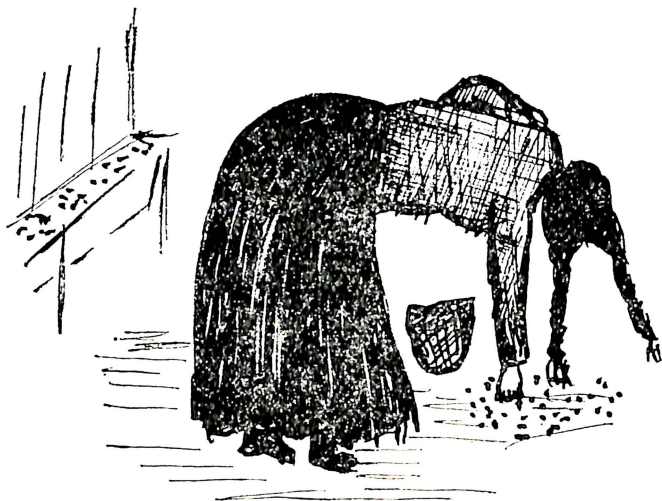
Le explicó que ella no necesitaba nada para vivir porque tomaría los hábitos de la congregación de María Auxiliadora y trabajaría en el convento.

Ella era alegre, flexible, tierna y dulce. Según me contaron las monjas la pusieron a cuidar chiquitos.

Los niños cantaban con ella, bailaban, subían y bajaban colinas, y María fue feliz entre ellos hasta sus últimos días.

Sublimizó su amor por un adolescente, repartió alegría entre huérfanos y abandonados, y al partir de este mundo tenía una sonrisa inefable que la hacía más bella.







## DOMINGA CASTILLO

Trabajadora como una hormiga, se ganaba la vida barriendo el mercado y atendiendo religiosamente a sus clientes.

Recogía del suelo porque el mercado entonces no era de cemento, todos los granitos que quedaban después del expendio de granos. La llamaban loca porque no sabían con qué objeto se dedicaba a aquel penoso trabajo.

Más el caso es que la buena mujer llevaba los granos a su hogar y ponía a los chiquillos a ayudarle. Entre todos separaban los de café y de frijoles. Cogían tres sacos, y después de zanzanear, aventar los granos y ordenarlos, los iba colocando en sus respectivos lugares.

Los chiquillos, que por lo general son malcriados, y no respetaban a los viejos, solía gritarle a voz en cuello "Dominga Dominga ¿a dónde vas con esa carga? ¡Vieja loca!

La pobre soportaba todo con paciencia y le ofrecía a Dios sus sufrimientos y se decía por sus adentros. Para merecer hay que padecer ¡"Dios me ayude!"

Había quedado viuda y tenía tres bocas que alimentar.

El marido le había dejado dos manzanas de tierra y los instrumentos de labranza; pero los hijos estaban muy pequeños y tenían que ir a la escuela para que no se quedaran burros, como se había quedado ella.

Las dos manzanas sólo le servían para regar unos frijoles y sembrar guineos negros.

Para la carne y otros menesteres había que ganar plata.

Sus hijos estaban en la escuela. La muchacha era muy despavilada y quería ir al colegio cuando terminara la escuela primaria.

Uno de los muchachos deseaba ser mecánico, y el otro tenía decidido quedarse con ella mientras estuviera soltero para meterle el hombro en la lucha por la vida y acompañarla. Los otros dos solicitaron becas al Municipio de San Ramón, les fueron adjudicadas y ellos salieron del pueblo para regresar luego con sus títulos y ayudar a hacerle frente a las obligaciones del hogar.

Dominga seguía barriendo el mercado, revendiendo granos, lavando ropa, cocinando y aplanchando, y así la vida iba pasando calladamente.

Ya comenzaba a quejarse de cansancio y fatiga cuando ellos volvieron y le prohibieron que barriera el mercado.

El más apegado a ella se hizo cargo de las dos manzanas de tierra y de la propiedad comenzó a producir en abundancia. Ya los muchachos malcriados no le gritaban "vieja loca" y Dios guardara quien lo hiciera porque ya crecidos los hijos y en mejores condiciones se hacían respetar.

Dominga comenzó a vestir mejor, y comer bien. A poco los muchachos trajeron un fonógrafo de corneta para que ella oyera música.

El hijo agricultor se casó, y Dominga tuvo nietos muy lindos que endulzaban sus horas. A veces oyendo canciones lloraba de puro gusto de verse bien instalada, rodeada de su familia.

La dicha del pobre dura poco. Todos querían ganar más, y la maestra se fue a Limón a trabajar para que le pagaran el zonaje.

El mecánico no encontraba mucho trabajo en San Ramón y fue contratado por una compañía que se lo llevó a Panamá.

En vista que los mayores ganaban y tenían independencia económica, y Dominga decidió hacer su testamento dejándole a su hijo menor, que nunca quiso separarse de ella, las dos manzanas que heredó de su marido.

La dulce y bella María Cecilia, que así se llamaba la hija, encontró en Limón un machito de ojos muy azules y allá se casó. El hermano en Panamá tanto como el cuñado en Limón siguieron mandándole plata y regalos a Dominga.

Vivió feliz el resto de sus años y nunca volvió a barrer el mercado. Los chiquillos no volvieron a molestar y en Limón pasaba temporadas muy contenta.

Como los gringos creen que todo trabajo es honroso, el machito le regalo una escobita de oro, prendedor que ella usaba con mucho orgullo resplandeciéndole sobre el fondo del abrigo de terciopelo que la hija le había dado para un cumpleaños.

Un buen día la llamó el Señor a su santo reino y Dominga cerró sus ojos, no para barrer los predios del Señor, sino para cantar con los ángeles un himno a la paz.

Dicen que la enterraron con la escobita de oro que le regaló el machito, pero yo no lo creo. Dominga probablemente se lo dejó a la nieta, hija del machito, para que quedara en la familia aquella reliquia, símbolo del trabajo.



## ÑOR GOYO

Era Ñor Goyo hombre de poca estatura. Vestía pantalón de casimir y chaquetón de corduroy grueso, tela que entonces llamaban cuero de diablo. Ceñía su cintura una banda roja, en cada uno de cuyos extremos pendían tres monedas de oro.

Jinete en su yegüita blanca viajaba entre San Ramón y el Silencio, región en que mansamente se deslizan las aguas claras del río El Silencio. Allí tenía Ñor Goyo una extensa finca con su amplia casa al pie de un cerro, casa adornada con helechos y orquídeas.

Ñor Goyo era muy alegre. Cumplido y obsequioso con su mujer; pero siendo galante y enamorado, no desdeñaba una que otra aventurilla.

Sin llegar a la embriaguez, empinaba el codo, y piropeaba a las muchachas a quienes el viejito les caía muy en gracia.

Salía de su finca sobrio, pero en el camino se detenía en cada cantina y tomaba un traguito pequeñito para calentar el cuerpo, pues en el Silencio hay siempre, por las mañanas y las tardes, densas neblinas frías. Si alguien tocaba una guitarra en alguna de las cantinas, Ñor Goyo entonaba unas coplitas, tales como:

“Víbora, viborana  
Sólo tú me quitas la gana  
Por el resto de la semana,  
una copita esta mañana”.

¡Ay! tullida y quien te viera  
y por tus calles paseara  
si bajo aquella higuera  
tú, besarme quisieras.

Una vez en que se celebraba un turno a favor de la construcción de la iglesia, Ñor Goyo le hizo al sacerdote una extraña proposición de ayuda: Si me lo permite me vestiré de Hojarasquil del Monte, y bailaré para recoger dinero para la iglesia. Accedió el cura. Se fue Ñor Goyo a una casa de su pertenencia en el vecindario. De allí regresó con un traje hecho de gangoche, totalmente cubierto de hojas y retoños cosidos sobre la tela. Máscara y gorro del mismo estilo le cubrían cara y cabeza, dejando ver sus ojos gatos, chispeantes, y sus dientes blanquísimos.

Los chiquillos que andaban por allí fueron agrupándose a su alrededor, y Ñor Goyo se puso a bailar al son de los aplausos rítmicos de la chiquillería. De rato en rato se detenía y alzando un jucocito que tenía allí, decía: "Yo soy el hojarasquil del monte; mucho he pecado pero me quiero salvar; echen aquí sus diecitos; ustedes se salvarán y yo también me salvaré. Los mayores que rodeaban al grupo de chiquillos, le daban sus limosnitas y limosnotas para la iglesia.

Con aquel disfraz, y seguido por la chiquillería, fue a tiendas y lugares de comercio, echando coplitas. A los ricos les sacaba mucho y a los pobres poco.

Muy regocijado el cura recibió cuantiosa colecta, bastante para salvar el alma de Ñor Goyo, hombre bueno, pícaro, sagaz y decidor, con alguna herencia de andaluz.

Si a mí me hubieran pedido que escribiera el epitafio de Ñor Goyo, habría puesto sobre su tumba:

"Aquí yace Ñor Goyo,  
el coplista popular,  
que ahora está en el hoyo,  
y a todos quiso salvar".

## MARIA PECHUGA

Su nombre de pila era María, pero de María la madre de Cristo no tenía nada. Le pusieron el sobrenombre Pechuga porque tenía un busto erguido y seductor parecido a la pechuga de una paloma de castilla.

Vivía al pie del Cerro de Tremedal llamado así, en memoria de una española llamada Tremedal.

Era de una belleza singular, esbelta, fina, de facciones casi perfectas y unos andares que llamaban la atención de todos los mozos de la ciudad.

Tenía muy buen gusto para vestir y maquillarse, y unos ojos que hechizaban.

Los que recibían sus atenciones eran muy destacados elementos de la ciudad de San Ramón quienes en el año 1915 habían implantado la más rigurosa etiqueta en el conocido Club de Amigos.

Tan severa era la disciplina del mencionado centro social, que a un presidente de la república no se le permitió entrar a un baile porque no iba vestido como lo exigía el club.

María, a pesar de ser la favorita de ciertos caballeros no asistió nunca a los bailes del club, aunque los mismos que lo frecuentaban eran sus amigos íntimos y gozaban de los favores de la bella muchacha que había tenido muchos y conocidos deslices.

Nunca se supo de ningún escándalo en su casa; pero se murmuraba no poco de la conducta de esta mujer muy apetecida por los hombres más distinguidos y más buenos.

Entre sus amigos estaba uno que figuró en la lista de los 60 caballeros de saco, camisa blanca y corbata negra, que un

día cambió su indumentaria por la de un boyero. Para trasladar el hierro con que había de construirse el nuevo templo después del terremoto de 1924, la mayoría de los hombres de abo-lengo se pusieron el traje típico del boyero y duraron tres días y sus noches acarreando los materiales para edificar la iglesia que hoy tenemos frente al parque central y que es una joya arquitectónica.

Los contribuyentes ponían billetes atados a los cuernos de los bueyes que conducían las carretas cargadas con donativos.

Entre los personajes que ayudaron a edificar el templo había uno muy devoto, muy gentil, amado de todos los que lo conocían por su don de gentes y su exquisita amabilidad.

Aconteció que aquel virtuoso varón fue llamado por nuestro Señor a su santo servicio, y que al día siguiente de muerto se oyó un ruido extraño, como si alguien caminara en la oficina del difunto y tratara de abrir un escritorio.

La esposa del extinto se había puesto muy nerviosa por la desaparición de su compañero y decidió trasladarse a casa de su madre.

El guardián, hombre de confianza, le pidió a la señora las llaves de la oficina y le dijo: "Señora yo le hablo a un muerto, y no tengo miedo a nada. Hay que temer a los vivos; pero a los muertos no.

Tal vez su esposo se fue de este mundo debiendo alguna promesa y quiere que la paguemos, ¿no le parece?"

Ella, muy convencida de que aquel guarda tenía razón, no vaciló en darle las llaves de la oficina y decirle que durmiera en un diván muy suave que se encontraba a la par del escritorio.

El valiente, que decía que no le tenía miedo ni al diablo y que soñaba con pasar una noche tranquilo, bien arropado y cómodo, se instaló como Dios manda, dijo sus oraciones y cerró los ojos.

De pronto oyó que tocaban la puerta y se incorporó. Abrió los ojos y no vio a nadie pero sintió que le ponían una llave en la mano y le decían: "Por el amor de Dios, ahora abra el escri-

torio y saque de la segunda gaveta un paquete de cartas que he tenido con llave muchos años. Quémelas. No quiero que nadie se entere de lo que dicen”.

Tal fue el susto que el hombre dejó caer la llave y se desmayó. Cuando pasó el susto y recuperó el sentido, pensó que tenía que cumplir con lo que le habían suplicado que hiciera.

Se puso a pensar que el patrón había sido bueno, que le había dado dinero para el entierro de un chiquillo que se le había muerto de una mordedura de una coral; que para la Navidad le daba juguetes y que le tenía abierta una cuenta en la farmacia de don Joaquín Montes de Oca y otra en la tienda de don Rodolfo Gamboa, y aunque le temblaban las manos, abrió la gaveta y sacó el paquete.

Un perfume delicioso salía de las cartas que habían estado guardadas por años y que aquel atildado caballero conservaba como un tesoro.

Como el muerto no le había dicho que no las leyera, él no vaciló en leerlas y descubrió que eran cartas y poemas de amor que María, la famosa María Pechuga le había escrito hacía años y que él no quería que su esposa lo supiera.

No se trataba de una infidelidad, porque según la fecha de todas, lo ocurrido había sucedido cuando el jefe era soltero; pero mucho debe haber amado a María cuando nunca se resolvió a quemarlas.

Las leyó todas y después se las dio al cura para que las quemara rogándole que no dijera ni media palabra. Todo quedó en secreto.

El padre hizo lo que el guarda le dijo y la viuda no se enteró de nada, pero cuando las estaban quemando, el sacerdote dijo: “Qué cosa que para el ayuda de cámara no hay hombre grande. Que Dios le haya perdonado”, y el guarda dijo: “Así sea”.

Y aquí termina la historia de un hombre casi santo que no pudo resistir los encantos de María Pechuga.



## VIAJE AL REINO DEL NUEVO MIDAS

Midas, como ustedes saben, fue un rey a quien el Dios Baco le dio el poder de convertir en oro todo lo que él tocara.

Este legendario rey pasó a la historia hace muchos años, pero han nacido desde entonces muchos gobernantes con la ambición de aquel rey, y a mí me tocó conocer uno de ellos.

En sueños fui a un país que no está muy lejos de Costa Rica y vi como un déspota acaparaba todas las tierras al alcance de su mano, vendía el suelo y el subsuelo a las compañías extranjeras, se reía de sus conciudadanos.

Nadie lo amaba; pero todos lo temían y se dejaban sobornar por él. Su ambición era terrible. Por sus manos trasegaban los millones.

Le gustaba hacer ostentación de su riqueza y humillar a los que no tenían ni cama en que dormir.

Era buen jinete y montaba un caballo bellísimo que lucía arneses de oro en los que habían engarzadas piedras preciosas.

Cuando el gobernante, émulo de Midas, pasaba por la calle montado en su caballo blanco, adiestrado para hacer cabriolas, bailar al caminar y pararse de manos, despertaba la admiración de todo el mundo.

Aquel hombre cruel, sin escrúpulos, ideó una cosa espeluznante para asombrar a sus compatriotas.

Pensó que su caballo no sólo debía tener arneses y herraduras de oro, sino dientes del mismo metal. El pobre animal sumiso y obediente fue sometido a un suplicio espantoso.

El caballo atado de pies y manos soportó la extracción de todos los dientes, aunque relinchaba y gemía y le corrían las lágrimas por la cara. Los serviles llevaron a cabo la operación

y el animal duró sin comer mucho tiempo. Le daban alimentos en forma intravenenosa.

Pasado un tiempo, un técnico en materia de odontología vino a ponerle al caballo los dientes de oro.

Cuando el animal aprendió a manejar la dentadura postiza y pudo volver a comer, se recuperó, y el pérfido gobernante se irguió sobre la montura y tomó las riendas de oro, naturalmente, y salió a pavonearse por la avenida central de la capital.

La muchedumbre descalza y hambrienta quedó atónita.

Yo fui a visitar este país con un ex-presidente de mi patria y como ambos protestamos públicamente por la injusticia cometida con el animal, nos metieron a la cárcel.

Estando allí, llegó de incógnita una mujer, cuando pensábamos que nos iban a matar, y nos dio un santo y señas, gracias al cual pudimos salir con vida.

Ya estando en Costa Rica, nos dieron un periódico vespertino, y, cual no sería nuestra sorpresa al leer un cable que daba la noticia de la muerte de aquel déspota inhumano.

Leímos un relato con lujo de detalles y nos enteramos de que el caballo lo había matado. El noble animal no lo hizo por venganza sino porque se desbocó a consecuencia de un susto.

Un enemigo del presidente que tenía mucho que cobrarle porque lo había desposeído de sus bienes, se subió con su revólver a la torre de la iglesia y disparó al pasar el jinete en su caballo de arneses de oro.

El tiro falló, pero el caballo salió al galope y botó a su amo. Así como el inventor de la guillotina murió bajo el filo de ella, el caballo de los áureos dientes le ocasionó la muerte al gobernante que se los mandó a poner.

Al caer el señor presidente recibió un golpe mortal.

La muchedumbre se arremolinó, y estando todos contemplando el cuerpo inerte, se devolvió el caballo, se abrió paso entre todos y llegó donde yacía su torturador.

Dicen que al verlo se reía y mostraba su dentadura de oro, y que entre más lo contemplaba más reía.

# INDICE

	Página
Reconocimiento .....	7
En el SENDERO de MI VIDA .....	9
Orígenes y Evolución de la Ciudad de SAN RAMON .....	19
Don JULIAN VOLIO .....	25
Hospitales .....	27
Insurrección .....	29
Camino a Tilarán .....	33
Origen del nombre "Camino de La Penitencia" .....	37
El Camino del Obispo .....	39
Algunos Caminos y Colonias Agrícolas .....	43
La Imagen de Santa Cecilia .....	47
Mi Padre y Su Caballo .....	49
Ña Andrea .....	53
Juana Varela .....	57
María Mozotillo .....	61
Dominga Castillo .....	67
Ñor Goyo .....	71
María Pechuga .....	73
Viaje al Reino del Nuevo Midas .....	77

Impreso en los Talleres Gráficos de Librería, Imprenta y  
Litografía LEHMANN S. A. - San José, Costa Rica, A. C.

**276901**

